

un admirable cuadro de las prácticas utilizadas en la posesión de los bosques, y una pintura exactísima de la psicología de los pobladores primitivos, que se transforman en asalariados de quienes les han usurpado sus terrenos.

Y los cuentos de Marimán, el «Cazador de hombres» y «La vaquilla de Huenchulif» interpretan la intervención de la justicia en la batida a los cuatros que se dan por ahí, mediante la no siempre escrupulosa serenidad de la fuerza armada, y los métodos que los colonos enriquecidos usan para comprimir y expulsar al indio, previa complicidad de los jueces lugareños y los carabineros que ellos mismos instalan en sus fundos; «Marimán» y «El cazador de hombres» y «La vaquilla de Huenchulif» son fiel registro de un estado permanente en las regiones sureñas. Finalmente, la nota irónica la da «La Misa del Padre Wilfrido», cuyos esfuerzos catequísticos son desbaratados por el paganismo de los araucanos y los manejos de un pastor protestante.

Lo resumido basta para informar de este acercamiento e identificación de Mariano Latorre con los valores humanos del sur; pero insistimos que, por sobre todo, su obra es la de un artista y un maestro en el estudio de nuestro medio. Y sus dones descriptivos se emplean en un objeto equiparado a ellos: la naturaleza austral. Otro se hubiera quedado por debajo del escenario.—GERMÁN SEPÚLVEDA.

<https://doi.org/10.29393/At209-13PCVC10013>

PRESENCIA DE CHILE, por *Luis Durand*.—Nascimento, 1942

Es, por muchas razones, un serio compromiso escribir sobre la obra de un escritor consagrado. El vuelo expresivo de un artículo no siempre se le imagina justo tratándose de un valor que responde a lo más recio de una literatura, y sobre todo, cuando es necesario añadir que se trata de un maestro en su

determinado género. Por otra parte, si es un joven el que realiza esta labor, el blanco para ganarse antojadizas conclusiones se agranda o se reduce hasta desaparecer.

Con el autor de «Mercedes Urízar» nos ocurre algo parecido.

Luis Durand, que ha dado al cuento y a la novela de Chile tantos trozos de vida campesina, tantos instantes de su emoción y de su cabal conocimiento, de su psicología o de su lenguaje, nos entrega ahora el panorama íntegro de Chile a través de un libro que lo contiene desde el título, «Presencia de Chile», hasta las palabras finales con que elogia al caballo chileno: «es gracia expresiva, es energía brotada de nuestra tierra, y es el mejor adorno en el paisaje, ya sea cuando se encumbra por los audaces senderos de las serranías o cuando galopa por los caminos risueños del valle central».

Es, pues, una interpretación total de Chile. Un ensayo. No seguramente en el estricto sentido del género, pero sí haciendo lo posible por que su atmósfera sencilla, clara, de poesía casi primitiva, suplemente con feliz resultado a una estricta y rígida filosofía, o mejor dicho, a un tono filosófico, mantenido en alto por otros autores de ese género.

Pasan por las páginas de este libro tantos aspectos, que se nos hace difícil enfocar uno más especial o aquel menos feliz. Porque dentro de cada capítulo abundan los conocimientos, flotan instantes de gran interés, y vivimos el comienzo y el término de tantas cosas nuestras que cada nueva línea hace más perfecta la fisonomía de Chile.

Sin embargo, el análisis detenido de cada capítulo logra, en parte, que podamos hacer una comparación entre todos ellos. Surge entonces el gran admirador de su tierra, de su campo, de sus secretos, de sus pasiones, Nadie como Luis Durand sabrá gozar con más sencillez y hondura de las cosas campesinas. A ratos nos parece que la misma brisa del campo llega hasta nosotros en busca de su reconocimiento. Y la ternura

que le imprime Durand a los diversos tópicos hace que la naturaleza de ellos resulte incapaz de sernos desconocidos.

La mitología chilena, las leyendas chilenas surgen con una fuerza natural, pero incontenible, con raíces populares, con ese derramarse hasta muy lejos, como una flor tan ancha y obscura, cuyo perfume va hasta los más extraños ámbitos. Y esta irrealdad tan nuestra toma su sabor y su efecto. Se le escucha, se le palpa, se le presiente del mismo modo que la luz de una luna nunca vista, pero que todos saben cómo nace, cómo vive, cómo se va a terminar.

Es el caso de Lampalagua.

En el pacto con el demonio, ese vago misterio de los campos vive en ese libro su realidad concreta. Es un relato entretenido, escrito con todos sus detalles, interpretando todas las razones y las consecuencias que gravitan sobre los intérpretes de esta clase de actos.

Es una prueba ilimitada para quienes nos dicen y nos creen un pueblo sin imaginación. Casi todas nuestras leyendas nos pertenecen íntegramente. Y las que no, están en razón propia con otras. Pero la verdad es que la leyenda nuestra es rica en acciones y personajes. El realismo con que Durand ha dicho estas cosas lo demuestra plenamente. La leyenda del Norte, diferente por muchas razones de la leyenda de los campos, se nos ofrece con excelentes caracteres. Exalta, relata episodios heroicos y aventureros. Los «Cateadores» que se encontraron grandes fortunas o que se perdieron tras la veta soñada siempre.

Los fantásticos sueños de ébrios mineros que salieron una noche y de pronto vieron el maravilloso destino de una veta. O el viajero que se encuentra de improviso con otro destino frente a la mina de metal que le cambia por completo su angustiada existencia.

En el sur, la leyenda se circunda principalmente alrededor del «Caleuche». Ese buque de luz, cuyos tripulantes no tocan sus pies en el suelo, y que pasa velozmente, causando espanto

entre los chilotes, y aun entre los más audaces que se sobrecojen con sólo oír mentar el barco fantasma. Sin embargo, hay en él luces, canciones, vino, mujeres, como en un maravilloso y fantástico sueño.

Este capítulo que Luis Durand ha titulado «La mitología chilena y sus leyendas» nos parece uno de los mejores conseguidos de toda la obra que nos ocupa. No hace el autor alardes efectistas, que puedan malograr el relato fluyente o que se pres-ten a divagaciones puramente transitorias y decorativas. Por lo demás, en todo el transcurso de esta obra hallamos tendencia a un fino hilamiento poético, que de ninguna manera puede confundirse con la simple divagación.

Esta condición es más notoria en el capítulo que Durand titula «Elogio de la tonada». Es otro capítulo hermoso que descansa en los conocimientos que el autor posee, y que ha conseguido mediante la observación constante en el terreno mismo de los hechos. Dice de la tonada: «No hay en ella ni siquiera el vestigio de filosofías hondas, ni de los amargos resquemores que deja el dolor incruente. Es más bien un manantial de jubilosas armonías que surge del corazón del hombre que se inspira para cantar, en la gracia lozana de una flor, en la claridad sonriente del sol que ilumina un paisaje de verano, o en el canto de un pájaro, cuyo latido musical queda vibrando en el silencio azul de una tarde campesina. El recuerdo de unos labios de mujer y de unos ojos cargados de promesas da calidez al motivo, comunicándole el acento humano que viste con un ropaje liviano y juguetón a la tonada, que como una manta indígena, adquiere así, todo el vigoroso colorido, propio de la tierra...» He ahí, pues, una mezcla de airosa y perenne fugacidad para justificar el sentido o la razón de la tonada. Sin duda esta maestría en el conocimiento la haya adquirido Durand mediante el desarrollo de sus cualidades intuitivas, apoyándose en lo popular; pero la verdad es que no se necesitan más armas cuando el corazón coge las esencias inequívocas de las cosas y los seres. Igual-

mente, su capítulo «Interpretación de la cueca» responde a bellas cualidades, a un singular compás de ángulos agudamente captados.

El capítulo que titula «El desierto fecundo» está captado, a nuestro parecer, con una honradez plena, pero que es un tanto incompleta. Después de todo lo que Durand ha recogido del Norte, queda, sin embargo, mucho que ver. Parece que el Desierto no muestra muy rápidamente todo cuanto tiene dentro. Es necesario estar mucho junto a él, llevarlo por mucho tiempo sobre el rostro nuestro, para que nuestra sangre haga el milagro sorprendente de beberse esas cálidas entrañas. Es, a nuestro parecer, como intimar con la selva o el mar. Y la prueba más evidente de esto, es que Luis Durand expone un conocimiento muy sólido del campo chileno, de sus cualidades o defectos, que no sólo en este libro ha demostrado, sino en todos sus otros, y en sus cuentos y artículos dispersos, antiguos o recientes. No es que este capítulo nos disguste o nos produzca resistencias graves; sólo señalamos diferencias que, por lo demás, sentimos íntimamente.

Largo sería examinar otros interesantes capítulos de «Presencia de Chile». Así también, los trozos de singular simpatía que se llaman «los barcos que no pueden zarpar», «Pájaros prisioneros». Ellos atestiguan el valor del libro, le animan con una prestancia delicada y movida, haciendo que percibamos a Chile en cada uno de sus ángulos.

«Presencia de Chile» viene ilustrado por Antonio R. Romera; son sus ágiles líneas que nos acompañan en todas partes.
—VÍCTOR CASTRO.



UN SUDAMERICANO EN NORTEAMÉRICA, por *Luis Alberto Sánchez*. Ercilla, 1942

Dice el autor de este libro, en el primer capítulo de él, que en un comienzo tuvo la idea de escribir un libro somero